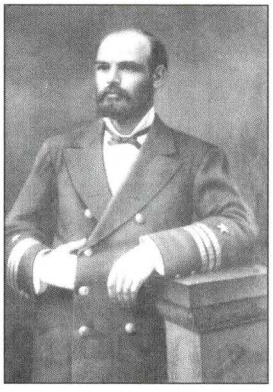
EL COMBATE NAVAL DE IQUIQUE
Narrado por el Comandante Arturo Prat Chacón.

Juan Fierro Pesce *



Su venia, mi Brigadier Mayor, para dejar con Uds. al Comandante Arturo Prat Chacón, para que él nos narre, en forma directa, su epopeya del 21 de mayo de 1879. Su voz y presencia están basadas en nuestra memoria y en la ficción. Comandante Prat, tiene la palabra:

"Señor Brigadier Mayor del "Caleuche", litoral Valparaíso; señores agregados navales extranjeros invitados; señores oficiales de la Armada nacional; señores Brigadieres del Caleuche, Cadetes caleuchanos, señores;

Con profunda emoción y por años, he observado desde el más allá, los diversos festejos que se hacen conmemorando nuestro combate, en esa fecha inolvidable para todos los chilenos, que sirvió de gran acicate para que nuestra patria se sintiera orgullosa de ese acontecimiento y se despertara el sentimiento patriótico de la ciudadanía toda.

Los hechos de ese combate, fueron desde un principio muy especiales; de partida, yo era el Comandante de la *Covadonga* hasta el 10 de mayo. El Almirante Williams, ese día fondeado en Iquique, habló con los oficiales y dispuso algunos cambios de mandos y me transborda a la *Esmeralda*, cosa que me conmueve, por motivos muy personales, entre ellos el salvamento de esta nave en Valparaíso, para el gran temporal del 24 de mayo de 1875, en que estuvo a punto de hundirse, pero que pudo ser varada, bajo mis instrucciones, en la playa que enfrenta el cerro Barón, y además el haber sido su Segundo Comandante.

Condell, de la *Abtao*, pasó a la *Covadonga*, y con ambas naves teníamos que mantener el bloqueo a como diera lugar. Yo, por ser el más antiguo, tuve la responsabilidad de planificar nuestra acción basado en el puerto y su geográfica configuración.

El día 16, el Almirante Williams me entrega dos documentos con instrucciones para el bloqueo y un sobre cerrado, para abrirlo el 20 y no antes; sin anticipar nada sobre su contenido, las instrucciones eran mantener el bloqueo, pero sin hostilidades para con la población. Fui uno de los últimos en abandonar el *Blanco* y le dije a mi Almirante Williams: si viene el *Huáscar*, lo abordo.

Me regresé a mi nave, y ya en mi mente empezaron a emerger ideas para el bloqueo. También recordé, fugazmente, mi actuación en el combate de Papudo en que, justamente, capturamos a la *Covadonga*,

* Cadete Honorario Activo, Caleuche Litoral Valparaíso.

cuando estábamos en guerra con España, ese 26 de noviembre de 1864, y yo recién ascendido a Guardiamarina Examinado. Ahora ella, estaba ahí, para acompañarnos en el bloqueo, para combatir contra los peruanos.

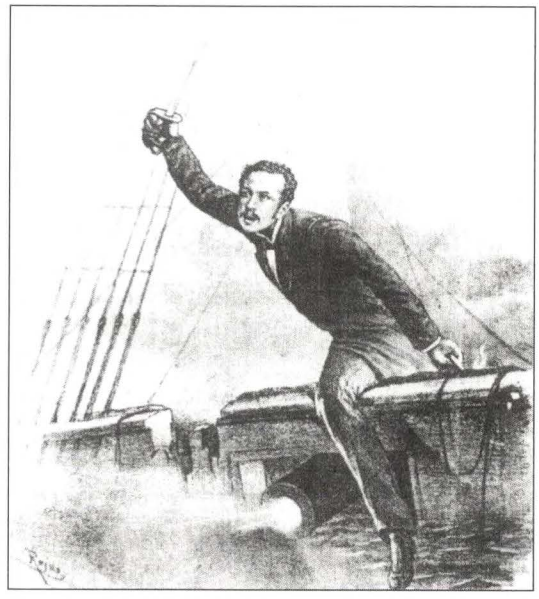
Toda la noche del 20 me pasié nerviosamente en mi camarote y aproveché de abrir el sobre que me entregara el Almirante Williams: en él decía "mi viaje al norte, tiene por objeto atacar y, si es posible, batir a la flota peruana surta en la rada del Callao".

En mi interior había calma y resignación, pero pensaba cómo equiparar, en parte, tanta desigualdad en tonelaje y artillería. Ya habíamos intentado, días atrás, fabricar una especie de torpedo, con el Ingeniero Cabrera, pero nos había fallado.

Pensé en mi oficialidad y tripulación; pasaban por mi mente, casi todos éramos en conjunto, 215 personas: 16 oficiales y 164 tripulantes; 1 oficial y 1 suboficial de ejército y con ellos 24 soldados o artilleros de marina; 8 servidores, entre cocineros, mayordomos y mozo de cámara y un Ingeniero Civil, que Telégrafos del Estado había mandado a reparar el cable submarino que nosotros mismos habíamos cortado; se llamaba Juan Agustín Cabrera Gacitúa y como no tenía los elementos necesarios para ello, le ordenaron volverse a Valparaíso, y lo iba a hacer en la *Esmeralda.*

Se decía que la dotación debiera ser 160 personas, vale decir, estábamos excedidos. Mi tripulación era, como es lógico, mayoritariamente chilena, pero habían unos pocos extranjeros repartidos entre italianos, ingleses, franceses, escandinavos, griegos y hasta un maltés que se llamaba Esteban Depots.

Esa noche del 20, a ratos, me distraía de mis preocupaciones lógicas: unas risas y algunos sones de violín, que venían de la cámara de oficiales, ellos estaban contentos, pero también preocupados porque sabían que el combate era inminente y querían pasarlo bien, aunque fuesen los últimos momentos de sus vidas. Era una alegre y nostálgica velada en la cámara de guardiamarinas y Riquelme era el violinista que tocaba piezas chilenas y algo de ópera.



Guardiamarina Ernesto Riquelme.

Me dirigí a mi litera para acostarme y con mi secreto guardado sobre lo de la escuadra que iba al Perú, pero yo les he dicho a mis oficiales, que nuestra escuadra volverá victoriosa, como también, les he dicho que mañana será un día glorioso para Chile. Esto último pensando en que las escuadras se han cruzado en alta mar, sin haberse visto y que al día siguiente tendríamos los peruanos frente a nosotros, para un desigual combate.

Antes de acostarme, fui a echar un último vistazo al puerto, para ello me asomé a la borda y pude apreciar las luces del puerto, bastante cercanas, pero no muy claras, pues la neblina norteña estaba cubriendo lentamente el puerto.

Esa noche fue muy corta para mi, pues constantemente me despertaba, inquieto por lo que presentía se avecinaba, en pocas horas más.

La *Covadonga*, que se encontraba fondeada a la boca del puerto, a las 4 de la

madrugaba soltaba amarras y salía fuera, para iniciar sus diarios reconocimientos. En mi buque tomaban la guardia de madrugada Uribe y Wilson.

A eso de las seis y media de la mañana, el vigía de cofa de la *Covadonga* grita: ¡Humos al norte! y Condell se acerca unas millas más y reconoce de inmediato al *Huáscar* y regresa a su punto de partida, cerca de mi nave, e izó la señal de "Enemigo a la vista". Cuando Wilson me vino a decir tal novedad, dispuse de inmediato que la corbeta también saliese del puerto en reconocimiento. A las siete de la mañana ambas naves estaban en convoy, fuera de la rada, escrutando las siluetas de las naves desconocidas. Una vez totalmente reconocido el enemigo, ordené a Wilson: ¡Zafarrancho de combate y reingrese al puerto de inmediato!

En tanto, mientras íbamos a tomar de nuevo el lugar de fondeo, me preocupé de la alimentación de mis hombres, como también le pedí a Condell que hiciera lo mismo con su gente.

Tan pronto terminó la alimentación de la gente, subí de mi cámara, vestido de parada y me dirigí a toldilla y le dije al tambor y corneta, un niño de unos doce años llamado Gaspar Cabrales, que tocara atención. La gente se agrupó cerca, los miré uno a uno, sin decir palabra, como despidiéndome de ellos y convencido, al ver sus caras de ansiedad, del momento sublime que se viviría para nuestra patria dentro de poco. Un silencio, y dije mi arenga por todos ustedes conocida, que me salió de lo más profundo de mi pecho, con un patriotismo tal, que me llevó a decir esas palabras como si las hubiese tenido preparadas; lo que no fue así fue el momento, la emoción, la impotencia y el convencimiento de que había que luchar hasta la muerte y mantener el pabellón en lo alto del mástil de nuestro buque y jamás arriarlo ante el enemigo.

Terminé mi arenga con un potente ¡Viva Chile! que la gente contestó en forma atronadora, tanto así, que se debe haber escuchado en tierra y en las naves enemigas. Posteriormente ordené cubrir los puestos de combate. Desde entonces me quedé en toldilla para dirigir la contienda; Uribe, mi segundo comandante se ubicó en el castillo.

Di orden a Condell que siguiera mis aguas y la de conservar y guardar los fondos, para quedar ubicados entre la playa y el enemigo y darles el problema a los peruanos de que si sus disparos no daban en el blanco causarían daño en la gente de Iquique; además le dije, y que fue lo último, cada uno cumplir con su deber, justo cuando el primer disparo del *Huáscar* cayó entre las dos naves, mojando el agua ambas cubiertas.

Estábamos maniobrando para colocarnos en los lugares asignados, cuando un segundo disparo del *Huáscar*, atraviesa el casco de la *Covadonga* dejando dos víctimas fatales: el cirujano Videla, quien pierde sus piernas, falleciendo poco después, y también el grumete Blas Segundo Téllez.

La *Covadonga*, en forma sorpresiva, cambia su rumbo y enfila hacia la isla Serrano, pero muy pegada a la costa, hasta que se pierde de vista; pienso que a Condell algo le hizo cambiar lo planeado con anticipación.

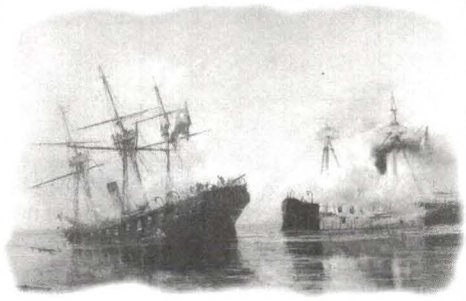
El *Huáscar* se fue acercando como para espolonearnos, pero se detuvo pues parecía que a Grau le habían comunicado que teníamos una protección de minas alrededor del casco, y empezó a cañonearnos sistemáticamente como para intimidarnos, para que nos rindiéramos.

Nosotros, a su vez, respondimos con un nutrido fuego y certero, pero de muy poco efecto, pues la cubierta estaba vacía, como siempre ocurre en un combate de este tipo.

Como a eso de las 10 de la mañana, en tierra, los militares peruanos, montaron dos baterías de campaña y abrieron fuego contra nosotros. Ante este hecho, me vi obligado a mover mi nave, para evitar el fuego de tierra. Pero quedamos más expuesto a los cañones del *Huáscar*.

Grau, al saber por parte de algunos peruanos, que no teníamos defensa alguna

alrededor de la nave, se decidió atacar con su espolón. Pero ya antes nos había enviado un certero disparo, que atravezó la nave de lado a lado y que le llevó la pierna a un tripulante. Simultáneamente revienta una caldera, quedando totalmente inmóvil y a la deriva. También empezó un incendio en la cámara de oficiales que fue apagado por el equipo comandado por Arturo Fernández. Al ver el choque de las naves como cosa cierta, me ceñí mi espada, que había dejado sobre la caja de banderas, y llamé a Zegers para decirle que yo suponía que él quedaría con vida, razón por la cual le pedí que le entregara una carta a mi esposa Carmela cuando llegara a Valparaíso.

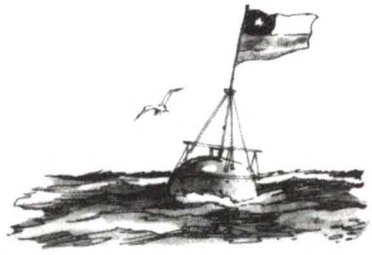


Ya teníamos esa mole de acero encima, y vino el choque. A su vez, di orden al ingeniero jefe que era Eduardo Hyatt: "toda fuerza avante".

Los buques quedaron brevemente detenidos, la proa del monitor tocandola toldilla de mi nave, que quedó inclinada y grité: ¡Al abordaje muchachos!, y salté a la cubierta del monitor. Sólo me siguió Aldea, y un marinero. Corrí hacia la popa y la torre, con mi espada desenvainada y en alto.

Un disparo me detuvo, herido, puse mi rodilla en cubierta, con mi espada siempre en alto, pero saltó de la torreta un marinero y me dio un tiro a boca de jarro con un rifle, y me quitó la vida.

Desde el más allá supe que todos combatieron con valentía y fiereza hasta sucumbir la mayoría. Que otros se salvaron y que el guardiamarina Riquelme disparó el último cañonazo como símbolo de rebeldía ante la desigualdad de las fuerzas y como postrer saludo, a los caídos en esta contienda, cuando mi querida *Esmeralda* se iba a pique lentamente dejando mudo a todos los testigos de tierra y mar, cuando vieron que el pabellón fue lo último en hundirse, junto a su nave por el peso de la gloria.

Señores asistentes a este bogatún en homenaje a esta fecha, el ejemplo dejado por la Armada de Chile, en ese combate, de defender lo patrio, a como dé lugar, es valedero tanto en la guerra como en la paz.

Gracias, hasta siempre y ¡Viva Chile!